

# Racionalización y burocratización de la muerte: una lectura de *Modernidad y Holocausto*

Javier Leiva Bustos. Universidad Complutense de Madrid (UCM, España)

Recibido 19/05/2024

ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-6124-184X>>

## Resumen

Partiendo de la lectura de la obra de Zygmunt Bauman *Modernidad y Holocausto*, el objeto del presente artículo consiste en poner de manifiesto la vinculación entre el periodo de la Modernidad, con los rasgos que la definen, y el genocidio perpetrado por los nazis en los campos de concentración, mostrando cómo el segundo solo pudo acaecer dentro de un marco de posibilidades ofrecido por el primero. Empezando, a modo de ejemplo, con la decepción de Heidegger ante el hecho de que el nacionalsocialismo continuara la senda de la Modernidad, analizaré brevemente la situación de la figura del judío ante el advenimiento de la sociedad y civilización modernas, para finalmente concluir cómo la racionalidad y la burocracia consustanciales al periodo moderno permitieron, sin contravenir ninguna de sus máximas, la realización de la *solución final*.

**Palabras clave:** Zygmunt Bauman, burocratización, Holocausto, Modernidad, nacionalsocialismo, racionalidad.

## Abstract

### Rationalisation and bureaucratisation of death: a reading of *Modernity and the Holocaust*

On the basis of a reading of Zygmunt Bauman's book *Modernity and the Holocaust*, the aim of this article is to bring to light the link between the period of Modernity, with its defining features, and the genocide perpetrated by the Nazis in the concentration camps, showing how the latter could only have occurred within a framework of possibilities offered by the former. Starting, by way of example, with Heidegger's disappointment at the fact that National Socialism continued the path of Modernity, I will briefly analyse the situation of the Jew before the advent of modern society and civilisation, and I will eventually conclude how the rationality and bureaucracy inherent to the modern period allowed, without contravening any of its maxims, the realisation of the *Final Solution*.

**Key words:** Zygmunt Bauman, Bureaucratization, Holocaust, Modernity, National Socialism, Rationality.



# Racionalización y burocratización de la muerte: una lectura de *Modernidad y Holocausto*

**Javier Leiva Bustos.** Universidad Complutense de Madrid (UCM, España)

Recibido 19/05/2024

ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-6124-184X>>

## § 1. Introducción: moderno holocausto

Cuando analizamos el fenómeno del Holocausto o *Shoah* desde el día de hoy, ochenta años después de su punto final, algunos continúan definiéndolo todavía como una atrocidad perpetrada por sádicos criminales; personas viles, retorcidas y dementes imbuidas por un insaciable deseo de sangre. Tal vez el ejemplo paradigmático de esta posición sea Daniel Goldhagen con su obra *Hitler's Willing Executioners (Los verdugos voluntarios de Hitler)*, ya de 1996, donde su tesis principal consiste, *grosso modo*, en que la inmensa mayoría del pueblo alemán no solo era conocedor, sino que apoyaba fervientemente el genocidio nacionalsocialista debido a su profundo antisemitismo «eliminacionista». Sin embargo, por mucho que quisiéramos que esta interpretación fuera correcta —pues constituye una reconfortante y segura barrera psicológica el pensar que únicamente personas malvadas pueden perpetrar el mal—, desgraciadamente dista mucho de la realidad, más aún a la luz de las investigaciones que salieron al paso a partir de lo que pasó a conocerse como la «controversia Goldhagen». De hecho, unos pocos años antes, en 1992, el historiador Christopher R. Browning había publicado su obra *Ordinary men (Aquellos hombres grises)*, donde, desde un enfoque funcionalista en lugar de intencionalista, venía a defender la idea opuesta: aunque la participación de alemanes «corrientes» fue algo común en el Holocausto y muchas veces su voluntarismo no era un factor a desdeñar, no se debió en la mayoría de casos a ningún tipo de fanatismo ideológico o sanguinario —sin querer decir, con ello, que no hubiese casos así—, sino también a otros elementos que iban desde la complicidad pasiva, pasando por el bienestar y la protección de seres queridos, hasta deseos de ambición o ansias de reconocimiento. Así, por ejemplo, el emblemático caso del comandante del campo de exterminio de Treblinka, Franz Stangl, recogido por

Gitta Sereny (2009). Motivaciones que en muchos casos caerían dentro de lo que en la década de los sesenta la filósofa Hannah Arendt bautizaría como «banalidad del mal» (Arendt, 2011)<sup>1</sup>.

Sea como fuere, el debate surgido en la década de los años noventa —y que puede verse recogido en obras como *The «Willing executioners»/«Ordinary men» debate* (1996) o *La controversia Goldhagen* (1997)—, en el fondo no hacía sino captar una idea ya sabida, aunque quizá negada y no reconocida ante el propio tribunal de nuestra conciencia, a saber: que la inmensa mayoría de personas que llevaron a cabo la matanza de más de seis millones de judíos eran personas normales, cotidianas, que no distaban del vecino que podemos encontrarnos al salir de nuestra casa. Eran devotos maridos, honrados padres de familia, hombres hogareños<sup>2</sup>; algunos de los cuales, al volver tras un «duro día de trabajo» en las *fábricas de la muerte*, se descalzaban en el recibidor para no despertar a su mujer, sus hijos, su perro o su periquito. El propio Himmler, nada menos que el *Reichsführer* de las SS, mostraba una gran preocupación por mantener la cordura mental y las normas morales de sus subordinados; sintiéndose orgulloso de que, en su opinión, su juicio y su moral saliesen indemnes después de realizar sus actividades y tener que lidiar con la «degenerada» raza judía. Efectivamente, y aunque para realizar su labor se sirvieran —al menos en una fase inicial— de alcohol u otras drogas, los oficiales y soldados dedicados al exterminio estaban en pleno uso de sus facultades mentales, hasta el punto de que un alto porcentaje logró superar las pruebas psicológicas que hoy día se exigen para ingresar en el ejército o en las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. De hecho, estudios como los de Stanley Milgram (1980) y Philip Zimbardo (2008) muestran, respectivamente, la relativa facilidad con la que personas normales y corrientes pueden someterse ante la autoridad o ser moldeados por las fuerzas situacionales,

---

<sup>1</sup> No detallaré aquí los antecedentes de la formulación arendtiana de la *banalidad del mal*, comentados ya en otros trabajos. Baste remitir al lector a artículos de la propia autora, como «Culpa organizada y responsabilidad universal» (2005: 162), o a su correspondencia con Karl Jaspers en 1946 (1992: 62; también recogido en Bernstein, 2009: 249), entre otros textos.

<sup>2</sup> A pesar de que en el Holocausto participaron también mujeres, como refleja el libro de Mónica González Álvarez, *Guardianas nazis: el lado femenino del mal* (2012), la mayor parte de individuos que trabajaban en los campos de concentración y exterminio eran varones. Según la ideología nacionalsocialista, era el hombre quien debía dedicarse al trabajo y al sustento de la familia —liquidar judíos no era, en este sentido, diferente a cualquier otro oficio—, mientras que se dirigía a la mujer hacia el modelo de la buena madre y ama de casa.

prácticamente con independencia del objetivo. Así, la mayoría de aquellos alemanes que ingresaron en la maquinaria asesina de los *Lager* consideraban que su trabajo no solo era *normal*, sino perfectamente racional, sin contravenir lógica o principio ético alguno<sup>3</sup>. Es por esta clase de sucesos que se hace imperioso volver a analizar el fenómeno de la *Shoah*, al igual que ciertas pautas que juzgamos como «normales» en la acción racional.

Es verdad que, como nos dice Bauman, a la hora de asomarnos al Holocausto parecemos encontrarnos ante un mundo que no es el nuestro; no solo es siniestro y espantoso, sino que no lo entendemos o, por lo menos, nos resulta difícil de inteligir. No encontramos respuesta ante la inquietante pregunta: *¿cómo pudo suceder?*; o, sencillamente, *¿por qué?* Semejante masacre a gran escala, con una organización no menos asombrosa, parece escapar a todos nuestros esquemas; algunos dirían que no es racional... ¿o quizá sí? Ese es en el fondo el dilema que remueve nuestra conciencia: ¿y si en el fondo el Holocausto fue *racional*? Y, de ser así, ¿cómo pudo darse a partir de las bases que configuran nuestra civilización actual? ¿Hay un Auschwitz en el seno de la sociedad moderna? ¿Acaso su semilla ha estado siempre presente desde los orígenes de la filosofía occidental, como pensaban Popper (2012) o Adorno (2022), entre otros? Tales cuestiones son las que se tratará de responder aquí, empresa para la cual es preciso concebir el Holocausto, más que al modo de un cuadro o del retrato de una serie de sucesos ocurridos en un pasado dejado atrás, como una ventana. Una ventana a la cual en ocasiones es duro asomarse, pero que nos revela aspectos que permanecen invisibles y de los que debemos ser conscientes; pues de no hacerlo, nos situaremos a las puertas de un peligro que nos acecha constantemente y que puede golpearnos cuando menos lo esperamos, o cuando ya sea demasiado tarde para reaccionar. Como recogía Primo Levi al final de su vida: «Ha sucedido y, por consiguiente, puede volver a suceder» (2012: 648).

Asimismo, conviene recordar que, si bien la palabra *Holocausto* ha quedado asimilada en el vocabulario popular con la *Shoah* —como puede verse en este mismo escrito— resulta erróneo considerarlo como un acontecimiento exclusivo del pueblo

---

<sup>3</sup> Igualmente, esta «normalización» de la violencia y de la muerte se puede encontrar entre las filas del ejército alemán. Para un estudio acerca de ello, véase la obra de Sönke Neitzel y Harald Welzer *Soldados del Tercer Reich* (2012).

judío, al igual que lo sería tenerlo como un episodio más en la historia de los guetos, pogromos o persecuciones étnico-religiosas —en este caso de los judíos—, o como el caso extremo de un fenómeno social —donde se situaría indudablemente como uno de los genocidios más perversos, pero, en todo caso, conformando una categoría asimilable—. Como señala Bauman, casualmente, en ninguna de estas tres interpretaciones sucede nada que critique el modelo de la sociedad moderna, diseñada en principio para impedir tales acontecimientos; y si acaso no los ha logrado reducir, solo cabría insistir más en ella en pos del progreso. Una concepción vinculada al mito etiológico arraigado en la conciencia de la sociedad, según el cual la humanidad surgiría de la barbarie presocial (Bauman, 2011: 33) siguiendo un relato prácticamente hobbesiano: a partir del uso de la razón el hombre es capaz de dejar atrás su estado de naturaleza, la guerra de todos contra todos, para ingresar en el estado civil. Sin embargo, la situación a la que nos enfrentamos es que «el Holocausto se gestó y se puso en práctica en nuestra sociedad moderna y racional, en una fase avanzada de la civilización y en un momento culminante de nuestra cultura y, por esta razón, es un problema de esa sociedad, de esa civilización y de esa cultura» (*ibidem*: 14). Pensar que solo fue un fallo, un traspies de nuestra sociedad, únicamente trae consigo una exculpación errónea que atribuye la falta a un grupo denominado «nazis», representantes de la maldad; mientras que otro grupo, en este caso «nosotros», estamos eximidos de cualquier responsabilidad. Desde este punto de vista, no habría ningún motivo para dudar de la inocencia de la sociedad moderna, que nos ha formado como «los buenos». El problema es que este pensamiento no hace sino reflejar que la conciencia del Holocausto no ha penetrado todavía realmente en nosotros; en consecuencia, tampoco han cambiado las prácticas y usos contemporáneos que dieron origen a él, todos esos factores vulgares y habituales que continúan formando parte de nuestra vida cotidiana. Debemos ver cuanto antes que muchos de los ingredientes que llevaron al auge al nazismo y le permitieron desarrollar sus prácticas vinieron dados y posibilitados por la propia Modernidad, la misma en la que vivimos y, dejando debates sobre la posmodernidad a un lado, a la cual nos circunscribimos. Es absolutamente necesario «que incluyamos las lecciones del Holocausto en la línea principal de nuestra teoría de la modernidad y del proceso civilizador y sus efectos» (*ib.*: 19).

## § 2. La decepción de Heidegger

El imaginario popular, ciertamente poco familiarizado con la cuestión, ha tendido a ver la figura del alemán Martin Heidegger prácticamente como el filósofo del nacionalsocialismo por antonomasia, un pensador cuya doctrina legitimaba metafísicamente la ideología y las acciones del *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (NSDAP). Es evidente que el denominado «caso Heidegger» constituye un prolífico tema de debate, alimentado tanto por el hecho de que el pensador alemán no abandonó las filas del partido nacionalsocialista hasta su caída y siempre portó la esvástica en todos sus actos oficiales, como por algunos de sus escritos —los ya famosos *Cuadernos negros*, su discurso de toma de posesión del rectorado de la universidad de Friburgo, e incluso su entrevista a *Der Spiegel*<sup>4</sup>—. Incluso algunas lenguas dicen que entre los motivos de su afiliación en 1933 —afiliación, por otra parte, común entre los miembros de la universidad alemana— uno de los principales habría sido el de tratar de acceder a los manuscritos originales de Friedrich Nietzsche, que la hermana de este, Therese Elisabeth Alexandra Förster-Nietzsche, había cedido a Adolf Hitler, pero que acabarían, sin embargo, en manos del ideólogo del Partido Alfred Rosenberg —el cual popularizó la malinterpretación y distorsión nacionalsocialista de la filosofía nietzscheana—. En cualquier caso, la sola lectura de Heidegger como un pensador en favor del nazismo resultaría simplista y superficial; pues, si bien es cierto que nunca abandonó el partido, tampoco deja de serlo su decepción acerca del rumbo moderno al que se dirigía el III Reich.

A nadie se le escapa el hecho de que Heidegger era seguramente el mayor filoheleno, no solo de Alemania, sino de todo el mundo, en la primera mitad del siglo XX. Su lectura de la filosofía había sido la de un proceso de desvío de la pregunta por el ser en favor del ente, que había sido iniciado por Platón y Aristóteles; el paso de la ontología a la óntica. En este sentido, su propuesta y *Aufhebung* de la metafísica pasaba por una rehabilitación del pensamiento presocrático, así como de aquellas doctrinas platónicas y aristotélicas aún no contaminadas; volver a reflexionar bajo el amparo de

---

<sup>4</sup> Para una breve panorámica de la cuestión, véase el estudio preliminar «Heidegger y el nacionalsocialismo: ¿un viaje a Siracusa?» que Ramón Rodríguez elabora en el compendio que recoge estos dos últimos textos (2009).

la luz helena, en la medida en que el regreso a la filosofía griega llevaba consigo el destino de Alemania y de Occidente:

La cuestión del ser no es una simple pregunta sobre el lenguaje, supone una apuesta para el destino de Occidente que bien puede perseverar en el olvido del ser y sus consecuencias, es decir, en último término la devastación de la tierra por el cálculo mecánico y agostador de los entes, o bien puede reencontrar la primordialidad de la pregunta ontológica griega. [Chapoutot, 2013: 195]

Por lo tanto, al encontrarse el destino del pensamiento europeo ligado al pensamiento político de Occidente, que a su vez estaba intrínsecamente vinculado con el de Alemania, la tierra estaba abocada a su destrucción, de no ser rescatada la pregunta ontológica por el ser. El pueblo alemán, como guía del resto de la humanidad, se hallaba ante una bifurcación: o bien podía alinearse con las potencias del momento, esto es, con EEUU o la URSS, continuar el frenesí de la técnica moderna y contribuir al oscurecimiento del mundo y la decadencia espiritual de la tierra; o bien podía poner las bases para un nuevo inicio, una vuelta al pensamiento originario del ser —lo que, en una jerga aristotélica, podríamos llamar una *filosofía primera*, prevenida ahora para no volver a extraviarse—. Una postura que, en muchos puntos, casaba bastante bien con el enfrentamiento epocal que dentro de la cultura e intelectualidad alemanas se había establecido entre la «moderna» *Zivilisation*, apoyada en una racionalidad e inteligencia calculadoras, abstractas y ateas, y la *Kultur* germana, una sabiduría vitalista, creadora e impregnada de mística y espiritualidad religiosas (Traverso, 2002: 150).

La llegada al poder por parte de los nazis se presentaba ante Heidegger como la deseada posibilidad de romper con la Modernidad y sus atributos de cálculo, ciencia y técnica. Los mismos que comienza a ver en la teoría platónica, como expone en «De la esencia de la verdad» (2000) o «La doctrina platónica de la verdad» (2000); que en el mundo moderno habrían sido principalmente desarrollados por Descartes, como relata en «La época de la imagen del mundo» (2008); y que habrían alcanzado su peligrosa plenitud en la imperante *Gestell* de nuestra época de la técnica planetaria, tal y como describe en textos como «¿Y para qué poetas?» (2008), *La pregunta por la técnica*

(2021), o *Serenidad* (2002), entre otros<sup>5</sup>. En este sentido, asumir el rectorado de la Universidad de Friburgo —para lo cual, evidentemente, había de pertenecer al NSDAP— significaba su contribución al retorno del pensamiento ontológico griego; un intento de restablecer la tradición sepultada bajo veinticinco siglos de olvido del ser que enfatizó en su discurso del rectorado. Tal y como señala el historiador Johann Chapoutot:

La misión histórica del pueblo alemán, a través de la universidad que forma a sus dirigentes, es permitir al pensamiento occidental repensar lo que ya pensó su origen: es preciso «que nos coloquemos bajo el poder del inicio de nuestro ser-ahí espiritual e histórico», esa aurora de la humanidad europea que fue el nacimiento del pensamiento griego. [...] Revivir el inicio griego implica reencontrarlo auténticamente mediante una conversión filosófica, política y cívica que el rector Heidegger quiere conseguir a través de la introducción del *Führerprinzip* en la universidad, la obligación del *Wehrsport* y la organización, del 4 al 10 de octubre de 1933 en Todtnauberg, de un «campamento de ciencia», «mezcla de campamento scout y academia platónica», donde los estudiantes repartan su tiempo entre el deporte y la meditación filosófica, como en todas aquellas escuelas filosóficas griegas cuyo modelo forjó la Academia de Platón. [Chapoutot, 2013: 197-198]

Sin embargo, el desengaño de Heidegger con el nazismo no tardó en sobrevenir, hasta el punto de que su mandato en la universidad no llegó a cumplir un año, abandonándolo en febrero de 1934. El autor de *Ser y tiempo* no veía óbice en la violencia ideológica y antisemita del régimen nazi, sino en lo que para él era esencial: la tecnificación y el olvido del ser en que persistía la nueva Alemania. Lejos de participar en el renacimiento de la pregunta filosófica por el ser, el nacionalsocialismo se sumergió dentro de la planificación industrial, dominada por el cientificismo y la esencia de la técnica moderna que tanto denostaba, y, nuevamente, por el cálculo técnico del ente, volviendo inútil toda meditación o intento de superación de la metafísica. O lo que es igual: seguía, aunque fuera inconscientemente y contra su voluntad, preso de la *Zivilisation* moderna. Se abogaba no por pensadores, sino por un

---

<sup>5</sup> Escapa a las pretensiones de este artículo el análisis que Heidegger realiza durante su segunda etapa a propósito de la cuestión de la técnica. Baste remitir al lector, aparte de a las obras ya mencionadas, a compendios como *Filosofía, ciencia y técnica* (2017); a libros como *Heidegger y la época técnica*, de Jorge Acevedo Guerra (2022); o al excelente artículo de Irene Borges Duarte «La tesis heideggeriana de la técnica» (1993).

saber técnico, un saber de especialistas que obtuviese resultados inmediatos; esto es, volvía a apostarse por lo óntico en lugar de lo ontológico.

Todas las ciencias, y no sólo la física y las matemáticas, son juzgadas con la vara de la utilidad. Heidegger se rebela, así, contra ese llamamiento al orden de las ciencias, que ya no son evaluadas sino por el criterio de su utilidad y de uso en una vasta empresa de movilización de los espíritus. Se implica a arqueólogos, filólogos, historiadores, biólogos y geógrafos en una tarea de validación *a posteriori* del dogma ideológico al tiempo que las matemáticas, la física y la química son conminadas a producir armas, sucedáneos o carburantes. [...] La culminación de esta empresa de exaltación de la ciencia y de la técnica consiste en la operación de sustituir la filosofía por la ideología. [...] En todas las universidades alemanas los profesores de filosofía son sustituidos por ideólogos oficiales del Partido, encargados desde sus púlpitos de difundir la buena nueva de la «palabrería general de la *Weltanschauung*». [Chapoutot, 2013: 199-200]

El nazismo había perdido, así, la oportunidad de llevar a cabo una reacción fuerte y convincente frente a la Modernidad; había traicionado su propio sino ante la renuncia de cumplir con su misión salvadora. Por el contrario, había acabado revelándose como partidario de lo moderno, de su ciencia y su técnica, produciendo en consecuencia también una humanidad técnica, concebida a imagen y semejanza de la Modernidad misma: «Heidegger comprende que la verdad historial del nazismo no es la vuelta al inicio, sino que, al contrario, el Reich es la entelequia del pensamiento técnico moderno, la culminación del tecnicismo moderno» (*ib.*: 201). Por este motivo, no es de extrañar que en 1949 Heidegger acabase definiendo el Holocausto como

[...] la manifestación exacerbada, el culmen de la modernidad técnica. [...] Es decir, que el filósofo considera pensable el exterminio industrial de judíos y gitanos en nombre de la raza bajo una sola dimensión: como fenómeno sintomático del dominio planetario de la técnica, como arrebato de un *logos* convertido en *ratio*, de un pensamiento convertido en cálculo objetivador, incapaz de concebir ya nada sino como objeto que se ofrece al trabajo del hombre, para concluir finalmente, antes de la destrucción de la tierra, con la reducción a objeto del material humano en las fábricas de la muerte. [*Ib.*: 203]

### § 3. La situación del judío ante la Modernidad

Si bien antes de la llegada de la Modernidad el extrañamiento, expulsión o confinamiento de los judíos había sido un ejemplo de la separación entre grupos, este

se había caracterizado por una idiosincrasia propia, un caso especial que no llegaba a asimilarse por completo a otros sucesos de segregación. Al fin y al cabo, la comunidad judía era difícil de encuadrar: en el fondo no eran paganos que no se hubiesen convertido, pero tampoco eran propiamente herejes que rindiesen un extraño culto a una divinidad desconocida. Se encontraban, pues, en una especie de fuego cruzado, en una tierra de nadie, al margen de las celosas fronteras de la cristiandad; o, al decir de Bauman, *a horcajadas sobre las barricadas* (2011: 63). Sin embargo, la imposición de límites y definiciones en todos los aspectos de la vida y del pensamiento por parte de la Modernidad, en su afán de control y dominación, contribuyeron a crear la imagen fronteriza del judío conceptual como el paradigma de la ubicua «viscosidad» de Occidente, haciendo del antisemitismo una cuestión de delimitación. A todos los efectos, el judío es fijado como una suerte de chivo expiatorio, representante de la diferencia sobre el que recaerán todas las culpas y penas de todo sector que lo acuse y arremeta contra él. Casi se podría decir que, en términos de Jean-Luc Nancy (2006), empieza a constituirse como la imagen de «la representación prohibida», una nueva identidad normativa. Las palabras de Leo Pinsker, recogidas en *Modernidad y Holocausto*, son un fiel reflejo de ello:

Para los vivos, el judío es un muerto; para los nativos, un extranjero; para los pobres y los explotados, un millonario; para los patriotas, un apátrida. [...] Se podría representar al judío como la personificación de todo lo que se debe temer, despreciar o nos puede ofender. Fue un agente del bolchevismo pero, curiosamente, defendía al mismo tiempo el espíritu liberal de la corrompida democracia occidental. Económicamente hablando, era tanto un socialista como un capitalista. Le culparon de ser un pacifista indolente pero, extraña coincidencia, fue también el eterno instigador de las guerras. [Bauman, 2011: 64]

La historia de los judíos en Europa también nos ayuda a visualizar dicha hostilidad contra ellos, en tanto en cuanto encarnación de la alteridad. Por una parte, dentro de la cristiandad europea medieval solo el bautismo podía hacer a un hombre digno de dominio o posesión; esto es, solo el bautizado, el verdadero cristiano, podía tener propiedades. Por extensión, las tierras en manos de los no cristianos eran ilícitas; de manera tal que, al no tener estos un digno dominio sobre ellas, su tenencia era considerada por parte de la Iglesia como una usurpación y, en consecuencia, podían ser desposeídos de ellas. No resulta difícil ver que, evidentemente, los judíos entraban

dentro de esta categoría de infieles y les estaba vedada la posesión de tierras legítima y dignamente, es decir, *de iure*. Por ende, como medio de vida, muchos de ellos emprendieron exitosas carreras a través de la vía del comercio, la artesanía y, especialmente, la banca, granjeándoles a ellos y a sus familias una fortuna y fama tales que despertaban la envidia de sus vecinos y allegados, quienes aun siendo poseedores de tierras seguían inmersos en la pobreza.

De otra parte, como refleja el caso de Polonia, muchos judíos trabajaban de sirvientes para la nobleza y la alta burguesía realizando aquellas funciones públicas más impopulares, pero necesarias, para mantener la dominación política y económica de sus señores sobre el pueblo; por ejemplo, recaudar impuestos, administrar la producción entregada por los campesinos, etc. En otras palabras, su función acababa siendo la de intermediarios y escudo de sus amos. Para estos señores feudales y ricos burgueses, los judíos no diferían del estereotipo de clases bajas; a sus ojos, eran igual de sucios, incultos, ignorantes y avariciosos que los campesinos y la clase más baja de la urbe, de modo que los trataban con el mismo desprecio y repugnancia que al resto de sus sirvientes. Sin embargo, ante los campesinos y la clase baja urbana aquellos se presentaban bajo una imagen completamente diferente, ya que, al estar dedicados a la enajenación de su escasa riqueza, cultivos, ganado, etc. eran tomados como integrantes de la clase dirigente; o lo que es lo mismo, eran vistos como el enemigo, los únicos explotadores que conocían en persona. En este sentido, el servicio que los judíos prestaban a sus amos era, además de recaudatorio, protector, en la medida en que los aislaba de la ira popular. En efecto, el furor y descontento del pueblo acababa descargándose contra ellos, los mediadores con que trataban en su vida corriente, a quienes podían identificar y, en consecuencia, agredir.

Como cabe observar, ambos relatos tienen un punto principal en común. El judío no es solo tachado como «el otro» o «el extraño», sino que su figura se veía asociada a la del dinero. En un caso porque, a través de su esfuerzo, dedicación y filosofía del trabajo —rasgos, por cierto, en los que nadie reparaba a la hora de atender a las circunstancias en que había logrado su riqueza— conseguía amasar después de años cierta fortuna que le permitía mejorar su nivel de vida; en el otro, porque estaba al amparo de los nobles y grandes burgueses, quienes le ordenaban hacer las tareas económicas más ingratas. De un modo u otro, por hache o por be, sin pretenderlo en

absoluto, el judío terminaba ganándose el odio y la envidia de todos sus conciudadanos, quienes veían cómo un individuo similar a un foráneo, de nariz aguileña y que vivía por lo general en una zona concreta de la ciudad, en relativamente poco tiempo se situaba económica y socialmente por encima de ellos. Un odio y una envidia que llegaron hasta el siglo XX —y llegan todavía hasta el siglo XXI en algunas regiones del mundo— y que fueron operarios en la construcción de la vía hacia el Holocausto. Así las cosas, como puede verse en estudios como *Vecinos* de Jan Gross (2002), *¿Por qué los alemanes? ¿Por qué los judíos?* de Götz Aly (2012) o en las entrevistas realizadas por Claude Lanzmann en *Shoah* (2003), no era infrecuente que en las regiones de Polonia, los países bálticos o la URSS ni una sola persona se opusiese en los pueblos —no igual en las grandes urbes— a la deportación en masa de aquellas personas que, instaladas hace pocos años en la casa de enfrente, eran ahora capaces de vestir con muchísimo más lujo que ellos. Ni qué decir tienen tampoco los testimonios de quienes vivían al lado de los campos de exterminio, que veían salir el humo de sus chimeneas y ante la pregunta de si sabían por qué se llevaban a sus vecinos de etnia judía, o qué se hacía en aquellos edificios con forma de fábrica, respondían con un seco: «No, no lo sabía».

Para llegar a esta experiencia tan atroz, la Modernidad tuvo que aunar todas las diversas apreciaciones, lógicamente incongruentes entre sí, en torno a la persona judía, racionalizando la diferencia y la contradicción que suponía ante la tendencia unificadora que marcaba la nueva época y la nueva sociedad. Debido al cambio radical de cosmovisión con respecto al Antiguo Régimen, la mayoría de la gente —exceptuando círculos intelectuales que progresivamente contaban con más adeptos en su posición— consideraba que el advenimiento de la Modernidad traería consigo el desorden y la destrucción de todo aquello que tanto esfuerzo había requerido para ser levantado. Y una vez más, ahora con mayor número de intelectuales entre sus filas<sup>6</sup>, «se consideró que los judíos se encontraban cerca del centro del proceso destructivo. Parecía que su avance social, rápido y aparentemente incomprensible, representaba la

---

<sup>6</sup> El periodo que describimos se corresponde principalmente con la ilustración, situada en los albores de la caída del *Ancien régime*. En esta época, que muchos filósofos y grupos intelectuales estuviesen a favor y luchasen por la llegada de un tiempo que hemos conocido como Modernidad no implica que en sus reflexiones estuviera ausente una clara judeofobia. Véase casos tan paradigmáticos como el de Voltaire, quien, por ejemplo, abrazaba la tesis del *ex oriente lux* sobre el origen del hombre debido tanto a su anticlericalismo como a su odio hacia la doctrina judía.

destrucción que la pujante modernidad provocada en todo lo conocido, habitual y seguro» (Bauman, 2011: 68). Será así la Modernidad, a través de sus mayores logros —la tecnología, la administración científica y el poder concentrado del Estado— la que permita la más cruda expresión de las fobias, prejuicios, tensiones y angustias premodernas contra los judíos.

Dado que la «casta semita» tenía aparejado el componente de la destrucción, se convirtió rápidamente en el objetivo principal de las iras antimodernas, una especie de pararrayos de sus primeras descargas. Como expone brillantemente el historiador Enzo Traverso:

En cierta forma, se convirtieron en el símbolo de una modernidad urbana e industrial vivida como la pérdida de valores tradicionales y como el advenimiento de un mundo frío, racional, sin puntos de referencia y en definitiva inhumano. [2002: 147]

Tomados por acaparadores, usureros, aglutinadores de fortuna, o, en una palabra, capitalistas<sup>7</sup>, se encontraron con el desdén social, la condena moral e incluso la repugnancia estética por parte del grueso de la población. La tendencia a vincular el judaísmo con el capitalismo, y con todos los males que este acarrearaba, se extendió por Europa y más tarde al resto del mundo, hasta el punto de llegar a considerar que el modelo capitalista no era más que un derivado de la amenaza judía. A ello también contribuyó el hecho de que mientras la mayoría de las élites políticas y económicas se mostraban hostiles, o como mucho indiferentes, ante la llegada de la modernización, los judíos —que hasta entonces habían sido considerados por la historia como un componente culturalmente extraño— se amoldaron perfectamente a la situación y aprovecharon las oportunidades que en Europa estaban ofreciendo las revoluciones industrial, financiera y tecnológica. Cuando quisieron darse cuenta, la nobleza y la alta burguesía tradicionales contemplaron que había surgido un nuevo grupo social, la burguesía judía, que personificaba la competitividad de un nuevo poder, basado no ya en la propiedad de la tierra, por muy grande que esta fuera, sino en la industria y

---

<sup>7</sup> La identificación entre el judaísmo y el capitalismo fue realizada no solo por los socialistas utópicos, como Fourier o Proudhon, sino también por el propio Marx, quien igualaba «judaísmo» y «capitalismo», de manera que ambos compartían el mismo destino; es decir, la superación del capitalismo conllevaría la superación del judaísmo.

las finanzas, resquebrajando con ello también la estrecha vinculación tradicional entre el prestigio y la influencia. En otras palabras, una comunidad como la judía, históricamente degradada, se hacía con un poder y dominio como no se había visto antes. Además, la iniciativa empresarial e industrial de los judíos no solo constituía una amenaza para las élites tradicionales; adicionalmente daba un giro radical al orden social hasta el momento imperante. De ahí que resultase sencillo asociarlos con la inestabilidad y el desorden, como si fuesen los siniestros agentes del caos y la destrucción.

Así las cosas, se los pasará a considerar como una nación *internacional* o no nacional; distintos de cualquier otra nación, pero también de cualquier otro extranjero. Tan flexibles y adaptables que eliminaban la diferencia entre «nativo» y «extranjero», entre «invitado» y «anfitrión»; capaces incluso de suprimir la diferencia más básica como es la nacionalidad, la distinción entre «nosotros» y «ellos». El judío seguía siendo una figura incongruente, de manera que:

[...] quizá no hubo ninguna puerta en el camino a la modernidad en la que los judíos no pusieran los dedos mientras se cerraba. Sólo podían salir seriamente magullados del proceso que los emancipó del *ghetto*. Eran la opacidad en un mundo en pos de claridad, la ambigüedad en un mundo ansioso de certeza. Se montaron a horcajadas sobre todas las barricadas y atrajeron las balas de todos los bandos. El judío conceptual se ha configurado como la «viscosidad» arquetípica del sueño moderno de orden y claridad: el enemigo de cualquier orden, y afuera antiguo o nuevo y, más aún, del deseado. [Bauman, 2011: 79; el destacado es del propio Bauman]

Sin embargo, con la llegada de la Modernidad, que traía consignas de igualdad jurídica, la abolición de diferencias legisladas y, especialmente, la implantación de la ciudadanía, la situación del judío volvió a experimentar un cambio. Aunque era consabido que continuaba siendo un sujeto distinto al del resto de la población, resultaba que se había equiparado a ellos; como ciudadanos, todos estaban en pie de igualdad. Mientras que en los periodos premodernos la segregación semita no había supuesto ninguna dificultad, dado que se trataba de un grupo más, en la Modernidad esto suponía una dificultad. En la medida en que dentro de la sociedad moderna todo debía ser argumentado racionalmente, administrado, controlado, gestionado, etc., y los judíos seguían siendo un elemento distinto, ahora se tornaba preciso crear una serie

de mecanismos y discursos artificiales para lograr lo que en el pasado ocurría «naturalmente».

El problema de fondo era que la Modernidad había traído consigo la homogeneización de la sociedad, es decir, la ausencia de diferencias, la caída de las barreras sociales y legales entre grupos. En este marco, la amenaza consistía en que, siendo el judío un ser diferente al resto, ahora no se lo podía reconocer, o al menos no fácilmente. Debido a sus actividades ya no vivían recluidos en un gueto, sino que se habían expandido por toda la ciudad; no todos llevaban ya una barba y un corte de pelo identificativos, sino que habían experimentado una asimilación cultural; no todos tenían acento *yiddish*, sino que podían pasar perfectamente por un nativo cuya familia hubiese vivido en aquel lugar desde su misma fundación. La confusión y el miedo comenzaron, entonces, cuando un número cada vez mayor de judíos aceptaba las propuestas y oportunidades de la Modernidad. Por lo tanto,

[...] para preservar la característica distintiva de los judíos del asalto de la moderna igualdad, *esta característica debía justificarse de otra manera y sustentarla sobre unos cimientos nuevos y más poderosos que los poderes humanos de la cultura y la autodeterminación*. En la concisa frase de Hannah Arendt: había que sustituir el judaísmo por la «judeidad»: «Los judíos consiguieron escaparse del judaísmo por medio de la conversión; pero de la “judeidad” no había escape posible». [*Ib.*: 83; el destacado es del propio Bauman]

190

Tal es la esencia filosófica del racismo que se configura fuertemente en la Modernidad: «el hombre ya es antes de actuar. Nada de lo que haga puede cambiar lo que es» (*ib.*: 84).

De esta forma, la judeofobia, que había recorrido la historia de Europa, encontró en la Modernidad un nuevo punto de anclaje que comenzó a poner las bases para la llegada de la *Shoah*. El estereotipo de judío como una fuerza perturbadora del orden, promotora del caos, que socavaba cualquier identidad y amenazaba cualquier esfuerzo de autodeterminación, acabó dando paso al tópico antisemita de rápida propagación por Europa según el cual la «raza» judía había puesto en marcha una conspiración internacional destinada a hacerse con el poder, descomponer toda cultura y tradición ajena a la suya, y unir todo el mundo bajo la dominación judía. Era el famoso complot sionista al que los nazis decían enfrentarse para salvar al mundo, una élite

supranacional que controlaba en la sombra todos los poderes políticos del planeta, haciendo pasar sus acciones y decisiones por azarosas. O, dicho de otra forma, el judío pasará a ejemplificar la figura del «enemigo» schmittiano (Schmitt, 2014: 59-60), aquella alteridad cuya mera existencia óptica e incluso ontológica amenaza la existencia y pervivencia mismas de un grupo, de tal manera que únicamente cabe enfrentarse a él y destruirlo, por el bien de la comunidad. Por lo tanto, como pasaremos a ver, las causas del Holocausto se encuentran enraizadas en determinados aspectos de la mentalidad moderna y la organización social que a partir de ella se plantea.

#### § 4. La racionalidad del mal

La plena venida de la Modernidad no habría sido posible si la ilustración no le hubiese abierto las puertas de la historia. La llamada *época de las luces* estableció las bases de lo que a la postre iba a terminar de constituirla, empezando por situar la razón como piedra angular del ser humano, de la civilización y del mundo entero. Aquella diosa Razón, a la que dedicaban procesiones por las calles de París, era la que dominaba el universo y a lo que todo debía someterse; lo bueno, lo correcto, lo útil, era lo que estaba conforme con ella. Lo moralmente admirable era lo acorde a una *razón práctica*, que diría Kant; lo que se consideraba bello era aquello que se ajustaba a ciertos cánones racionales y armónicos; y, sobre todo, el conocimiento podía obtenerse únicamente a través del buen uso de la razón y sus métodos lógicos. La ecuación socrática en la que «virtud» era igual a «conocimiento» y este a «felicidad», que ya mostraba una preponderancia racional, es llevada a su culmen por los pensadores ilustrados; y, con ello, la razón es elevada al rango de la nueva divinidad, así como la ciencia a su más importante profeta. En efecto, el conocimiento científico —plasmado especialmente en el terreno de la física o «filosofía natural» con figuras como Galileo, Descartes y, principalmente, Newton— simbolizaba a la perfección tanto el inmanentismo de la época como el progreso humano; era un saber que exclusivamente podía ir hacia adelante, que solo permitía evolución y, lo que es más importante, tenía como única guía el uso de la razón en todos sus procedimientos. Con su ayuda, podía llevarse a cabo el sueño ilustrado de someter todo a un análisis objetivo, de manera que nada había que no pudiera ser conocido de forma cierta y fiable, situando así al

ser humano en el lugar exacto que la naturaleza le había asignado. En resumen, la racionalidad era lo que debía servir de brújula para la vida y todas sus actividades, pues era ella la que nos había rescatado del estado de barbarie en el que sobrevivíamos pretéritamente. Una razón que, como veremos, acabará convertida en un cálculo de medios a fines; es decir, en una *razón instrumental*, como expondrá Horkheimer (2010). En este sentido:

[...] la civilización moderna no fue condición suficiente del Holocausto, pero sí fue, con seguridad, condición *necesaria*. Sin ella, el Holocausto sería impensable. Fue el mundo racional de la civilización moderna el que hizo que el Holocausto pudiera concebirse. «El asesinato en masa de la comunidad judía europea perpetrado por los nazis no fue solo un logro tecnológico de la sociedad industrial sino también un logro organizativo de la sociedad burocrática». [Bauman, 2011: 34-35; el destacado es del propio Bauman]

Auschwitz, Treblinka, Chelmno, Dachau, Mathausen, etc. no fueron productos de un arrebató irracional, sino hijos legítimos de la Modernidad, que no contravenían ninguno de sus principios, por mucho que sus fines sí careciesen de cualquier tipo de *razonabilidad* —que no racionalidad—. A este respecto, y pese a la longitud de la cita, vale rescatar la exposición que realiza Enzo Traverso a propósito de la contradicción existente entre la racionalidad e irracionalidad de los medios y fines en cada uno de los sistemas totalitarios del siglo XX, destacando, para nuestro propósito aquí, sus palabras referentes al nacionalsocialismo:

El proyecto social del comunismo no estaba privado de su propia racionalidad, ya que su objetivo central era la modernización de la economía y de la sociedad soviética, perseguida a través de una intensa industrialización y colectivización de la agricultura. Sin embargo, los medios usados para lograr este proyecto no sólo eran autoritarios e inhumanos sino también profundamente irracionales: el trabajo forzado, prácticamente esclavista; «la explotación militar-feudal» de los campesinos (según la definición de Boukharin); la eliminación de una parte importante de las élites administrativa y militar, y, finalmente, la deportación en masa de grupos y pueblos. Los resultados fueron, en gran medida, catastróficos (derrumbamiento de la producción agrícola, hambruna, declinación demográfica), llegando a veces a comprometer el objetivo mismo de la modernización. En el nazismo, por el contrario, la contradicción era flagrante entre la racionalidad de los medios utilizados y la profunda irracionalidad del objetivo buscado: la dominación de la «raza aria», el remodelaje de Europa sobre la base de una jerarquía de tipo racial. Los campos de exterminio nazis son una ilustración de esta contradicción. Los medios de la producción industrial, las reglas de la

administración burocrática, los principios de la división del trabajo, los resultados de la ciencia (Zyklon B) eran utilizados con el objetivo de eliminar un pueblo considerado como incompatible con el orden «ario» e indigno de vivir sobre este planeta. Durante la guerra, la política nazi de exterminio de los judíos (y en menor medida de los gitanos) se reveló irracional incluso en el plano económico y militar, ya que fue realizada movilizandando recursos humanos y medios materiales sustraídos de hecho a la guerra y destruyendo una parte de la fuerza de trabajo presente en los campos. En la URSS, los deportados (*zek*) eran «usados», «consumidos» por millones para cortar bosques, extraer minerales, construir ferrocarriles y líneas eléctricas, en ciertas ocasiones para crear verdaderos centros urbanos. Las víctimas del estalinismo eran la consecuencia de procedimientos «bárbaros» y coercitivos —muchas veces formas de «exterminio a través del trabajo»— que habían sido adoptados para modernizar (construyendo un socialismo de cuartel) e introducir la civilización industrial en un país retrasado. En la Alemania nazi, por el contrario, los métodos más avanzados de la ciencia, de la técnica y de la industria eran usados para destruir vidas humanas. La dialéctica del proceso es clara: por un lado, se mata para desarrollar la civilización (en un sentido puramente material); por el otro, se utiliza la civilización para matar. [Traverso, 2005: 105-106]

Ahora bien, las normas de la racionalidad instrumental implantadas a partir de la ilustración eran incapaces de prevenir tales fenómenos porque no había nada en ellos que los descalificase por incorrectos. Como argumenta, en esta ocasión, Bauman:

El único contexto en el que se pudo concebir, desarrollar y realizar la idea del Holocausto fue en una cultura burocrática que nos incita a considerar la sociedad como un objeto a administrar, como una colección de «problemas» varios a resolver [...] el espíritu de la racionalidad instrumental y su institucionalización burocrática no solo dieron pie a soluciones como las del Holocausto sino que, fundamentalmente, hicieron que dichas soluciones resultaran «razonables», aumentando con ello las probabilidades de que se optara por ellas. [Bauman, 2011: 39]

No podemos considerar, pues, el genocidio nazi tan solo como una aberración, una desviación del progreso o la antítesis de nuestra moderna civilización. Lo que el Holocausto nos revela es la otra cara de la Modernidad; aquella que permanece velada, invisible, que no siempre aflora, que puede estar siglos sin dar señales de vida, pero que no por ello deja de estar ahí, latente, esperando su ocasión. Las decisiones del partido liderado por Adolf Hitler no se tomaban impulsivamente, sino en base a criterios racionales —la historia ha ido revelando que la verdad de su más horrendo crimen se sitúa en el «justo medio» de las tesis intencionalista y funcionalista—. El Holocausto es el rostro oculto de la sociedad moderna, que coexiste con la habitual, a

la que está unida, aunque no siempre la veamos. Es el otro envés de la moneda, indesligable, no puede haber el uno sin el otro; esto es lo que nos atemoriza y nos hace crear estrategias que contemplen a nuestra sociedad y a nuestra época como inmaculadas. Si acaso ese otro aspecto parece permanecer escondido es debido a que ha encontrado menos oportunidades propicias para manifestarse, pero en caso de darse las condiciones de posibilidad para su aparición, resulta inevitable en tanto en cuanto consustancial a la Modernidad.

Cuando un poder absoluto capaz de monopolizar los instrumentos modernos de la acción racional se convierte al sueño modernista y cuando ese poder se libera de todo control social efectivo, entonces se produce el genocidio. Un genocidio moderno, como el Holocausto. El cortocircuito (aunque casi desearíamos decir «el encuentro fortuito») entre una élite ideológicamente obsesionada con el poder y las tremendas facilidades que proporciona la sociedad moderna para la acción racional y sistemática no suele producirse a menudo. Pero cuando sucede, salen a la luz determinados aspectos de la modernidad normalmente menos visibles y, por ello, a menudo relegados a la teorización. [*Ib.*: 119]

La causa real de nuestra preocupación por el trauma que para el mundo supuso el exterminio nazi se encuentra en dos hechos vinculados entre sí. En primer lugar, las ideas que por su lógica interna conducían al genocidio como la solución idónea a los problemas de la humanidad en general y Alemania en particular, y los recursos técnicos que permitieron la realización de estos proyectos, demuestran no solo que tales planteamientos eran compatibles con la civilización moderna, sino que fue la Modernidad misma la que los había creado y permitido. Fueron las normas, las instituciones y los logros más destacados de la sociedad moderna los que hicieron viable el asesinato de millones de personas. Y, en segundo lugar, todos los frenos y barreras que el supuesto progreso civilizador había erigido para proteger a los individuos de la violencia se revelaron, más que insuficientes, completamente ineficientes, dejando a las víctimas solas y abandonadas a la matanza, engañadas por una sociedad que se había presentado como segura, pacífica, humana, ordenada... «Para decirlo de forma clara, existen razones para tener miedo porque ahora sabemos que *vivimos en una sociedad que hizo que el Holocausto fuera posible y que no había nada en ella que lo pudiera evitar*» (*ib.*: 113; el destacado es del propio Bauman).

La soledad de las víctimas y la permisividad de los atroces crímenes encontró también su origen en las inhibiciones morales de las personas; bien de las que ejecutaban las acciones, bien de las que contemplaron impasibles el violento espectáculo de las deportaciones, los guetos o los asesinatos a sangre fría. Tales inhibiciones únicamente fueron posibles a través de tres condiciones facilitadas por la Modernidad.

En primer lugar, existía una violencia autorizada; es decir, a través de un pacto social hobbesiano la comunidad había decidido por medio de la razón que solo un órgano podía emplear la violencia legítimamente, el Estado. En palabras de Max Weber, el Estado poseía el monopolio de la violencia (2004: 83-84)<sup>8</sup>. De esta forma, dado que una de las características constitutivas de la civilización moderna es el desarrollo de la racionalidad hasta el punto de someter el uso de la violencia a un cálculo racional, fenómenos como el Holocausto son resultados que se derivan lógicamente de la tendencia civilizadora y de sus posibilidades. En segundo lugar, a través especialmente de la industria, la fábrica, etc., la Modernidad había traído consigo la realización de acciones dentro de una rutina, establecida por una delimitación de funciones y creadas por unas normas de gestión; de manera que cuando uno se acostumbra a esa acción es capaz de hacerla mecánicamente, aunque esa tarea suponga arrojar cuerpos a una incineradora o apretar un botón que libere gas dentro de una habitación. Estos dos rasgos son representativos de la sociedad moderna; y si bien el tercero no lo es, al menos vino posibilitado por la burocratización que trajo consigo, como veremos en el apartado siguiente, la deshumanización y cosificación de las víctimas, dando pie a lo que, en palabras de James Waller, podemos catalogar como una «cultura de la crueldad» (Waller, 2002: 203).

Por otra parte, otro de los rasgos connaturales al nacionalsocialismo y al Holocausto, como es el racismo, hubiera sido inviable sin la Modernidad. No quiere decir esto que en épocas anteriores no hubiese discriminaciones hacia otras razas; pero

---

<sup>8</sup> «Hoy, por el contrario, tendremos que decir que Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio (el «territorio» es elemento distintivo), reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima. Lo específico de nuestro tiempo es que a todas las demás asociaciones e individuos solo se les concede el derecho a la violencia física en la medida en que el Estado lo permite. El Estado es la única fuente del “derecho” a la violencia» —el destacado es del propio Weber—. Ahora bien, cabe aclarar que para Weber el hecho de que el Estado posea el monopolio legítimo de la violencia no implica en modo alguno que todo uso que haga de esta sea legítimo.

el poder estatal, la tecnología y los adelantos de la ciencia moderna le dieron a aquel una nueva comprensión y concepción. La manipulación científica, tecnológica y cultural permitió el nacimiento de la nueva «ciencia» al servicio del nazismo, la *raciología*. Esta dictaminaba la existencia de una raza aria, superior en todos los aspectos, «portadora de cultura», así como la existencia de seres degenerados que tenían apariencia humana pero no eran sino una «subraza», seres con una mancha indeleble que entrañaban el riesgo de contagiar y degenerar al resto de la humanidad; este «cáncer» del mundo tenía por nombre «el judío», el cual debía ser apartado del contacto con el ario, ya fuera deportándolo del *Lebensraum* alemán o eliminándolo. La raza judía no tenía remedio, cura o solución alguna, de manera tal que sus miembros solo eran inofensivos si estaban lejos o, como luego se preferirá, muertos.

No es extraño, entonces, que el racismo fuese una herramienta dentro de la ingeniería social planteada por el NSDAP para su proyecto de una sociedad perfecta a través de un esfuerzo planificado y sostenido; empresa para la cual, la «raza» iba a ser el criterio que serviría como baremo. Dentro de su sociedad utópica había que erradicar todas la *Lebensunwertes Leben*, es decir, aquellas formas de vida sin valor, indignas, fomentando el predominio de las razas superiores —en concreto la raza aria, nórdica o germánica—. Por contraposición, los judíos eran una subespecie cuya única función era envenenar al resto de las criaturas humanas y socavar el orden social. Un planteamiento que vemos plasmado en las palabras de Adolf Eichmann durante su proceso, tal y como recoge Hannah Arendt en *Eichmann en Jerusalén* (2011: 199-201). Efectivamente, durante el juicio, el teniente coronel de las SS se confesó como un «kantiano de andar por casa» y que, por tanto, conocía el imperativo categórico kantiano, que además de conminar a obrar de una manera tal que dicha acción pueda elevarse a ley de universal observancia, en su segunda formulación dictaminaba «obra de tal modo que uses a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre al mismo tiempo como fin y nunca simplemente como medio» (Kant, 2008: 116). Sin embargo, bien sabía Eichmann en su interior que para la ideología nazi tal imperativo no podía ser aplicado a los judíos, quienes no eran realmente calificados como «seres humanos» y, por ende, tampoco podían formar parte de la humanidad. Un razonamiento puramente lógico que consistía en refutar la premisa inicial o *negar la mayor*; es decir, para Eichmann la razón estaba de su parte.

En este sentido, los nazis, con Hitler a la cabeza, se veían a sí mismos como los mayores filántropos de la humanidad, que para liberar al mundo de la «escoria judía» debían librar una guerra en nombre de todas las razas.

La ingeniería social que habían programado era una tarea científicamente estructurada a partir de la cual fundar un nuevo y mejor orden bajo el *Reich de los mil años*. La raciología afirmaba una distribución sistemática y genética de las cualidades humanas que conformaban los rasgos de carácter moral, políticos o estéticos, de manera semejante a como habían hecho otros científicos de los siglos XVIII y XIX; por ejemplo Gobineau, iniciador de la teoría racial, o anteriormente Linneo, padre de la taxonomía científica. En esta línea, las instituciones científicas del gobierno nazi estaban dirigidas por ilustres académicos dedicados al estudio de la denominada «cuestión judía» y seguían para ello las normas internacionales de la ciencia avanzada. Así, no se puede negar que el nacionalsocialismo logró poner a su servicio todos los ámbitos científicos, desde la biología a la física; ámbito donde, por ejemplo, lograron la colaboración de Werner Heisenberg para su proyecto atómico. Igualmente, dentro del poderoso instrumento que era la ciencia, la medicina y la jardinería cobraron fuerza como símbolo y paradigma de lo que debiera ser la normalidad, siempre bajo el amparo de la más estricta racionalidad:

[...] la salud y la higiene eran las metáforas de las tareas humanas y de las estrategias en la administración de los asuntos humanos. [...] La jardinería y la medicina son formas funcionalmente distintas de la misma actividad, la de *separar y asilar los elementos útiles, destinados a vivir y desarrollarse, de los nocivos y dañinos, a los que hay que exterminar*. [Bauman, 2011: 95; el destacado es del propio Bauman]

Así las cosas, resultaba bastante común tanto en los discursos hitlerianos como en los vídeos propagandísticos del nazismo la comparativa entre judíos y gérmenes, piojos, enfermedades, infecciones, putrefacciones, etc., mostrando incluso para ello imágenes de las condiciones higiénico-sanitarias de los guetos; pero, evidentemente, no bajo el mensaje «les hemos condenado a esto» sino con la proclama «esta es la forma de vida del judío». Por lo tanto, su aislamiento y erradicación no eran sino medidas de higiene racial, social y nacional. Como muestra de ello, el historiador Eberhard Jäckel

ha recopilado una lista de esta clase de referencias que se encuentran contenidas... ¡tan solo en el primer volumen del *Mein Kampf*!

El judío es un gusano en un cadáver en descomposición; es una plaga peor que la peste negra de tiempos pasados; un portador de gérmenes de la peor especie; el eterno germen de desunión de la humanidad; el zángano que se introduce en el resto de la humanidad; la araña que lentamente succiona la sangre del pueblo por sus poros; la jauría de ratas que luchan sangrientamente entre sí; el parásito en el cuerpo de otros pueblos; el parásito típico; un gorrón que, como un bacilo nocivo, sigue propagándose; el eterno chupasangre; el parásito de los pueblos; el vampiro de los pueblos. Casi todas estas expresiones proceden del ámbito de la parasitología; el judío estaba aislado del resto de la sociedad humana, y el uso del lenguaje sugiere los métodos de su eliminación. [Jäckel, 1972: 58-59; la traducción es mía]<sup>9</sup>

Y, asimismo, el psiquiatra Robert Jay Lifton recoge en su estudio *The Nazi Doctors* esta clase de asimilaciones surgidas a raíz de la medicina y la microbiología, en el marco de una concepción epocal e ideológica del *Volk* alemán como si de un organismo vivo se tratase.

Pero hay otra perspectiva acerca del asesinato medicalizado que creo que no está suficientemente reconocida: *el asesinato como imperativo terapéutico*. Ese tipo de motivación se puso de manifiesto en las palabras de un médico nazi citadas por la distinguida doctora superviviente Dra. Ella Lingens-Reiner. Señalando las chimeneas en la distancia, preguntó a un doctor nazi, Fritz Klein: «¿Cómo puede conciliar eso con su juramento [hipocrático] como médico?». Su respuesta fue: «Por supuesto que soy médico y quiero preservar la vida. Y por respeto a la vida humana, extirparía un apéndice gangrenoso de un cuerpo enfermo. El judío es el apéndice gangrenoso en el cuerpo de la humanidad». El imaginario médico era todavía más amplio. Al igual que Turquía durante el siglo XIX (debido a la extrema decadencia del Imperio otomano) era conocida como el «enfermo de Europa», los ideólogos anteriores a Hitler y el propio Hitler interpretaron el caos y la desmoralización de Alemania tras la Primera Guerra Mundial como una «enfermedad», especialmente de la raza aria. Hitler escribió en *Mein Kampf*, a mediados de la década de 1920, que «quien quiera curar esta época, que está interiormente enferma y podrida, debe ante todo armarse

<sup>9</sup> «*The Jew is a maggot in a rotting corpse; he is a plague worse than the Black Death of former times; a germ carrier of the worst sort; mankind's eternal germ of disunion; the drone which insinuates its way into the rest of mankind; the spider that slowly sucks the people's blood out of its pores; the pack of rats fighting bloodily among themselves; the parasite in the body of other peoples; the typical parasite; a sponger who, like a harmful bacillus, continues to spread; the eternal bloodsucker; the peoples' parasite; the peoples' vampire. Almost all of these expressions derive from the realm of parasitology; the Jew was isolated from the rest of human society, and the use of language suggests the methods of his elimination.*» Jäckel (1972: 58-59).

de valor para poner en claro las causas de esta enfermedad». El diagnóstico era racial. La única raza genuina «creadora de cultura», los arios, se había dejado debilitar hasta el punto de poner en peligro su supervivencia por los «destruidores de la cultura», caracterizados como «el Judío». Los judíos eran agentes de «contaminación racial» y «tuberculosis racial», así como parásitos y bacterias causantes de enfermedad, deterioro y muerte en los pueblos huéspedes que infestaban. Eran el «eterno chupasangre», el «vampiro», el «portador de gérmenes», el «parásito de los pueblos» y el «gusano en un cadáver en descomposición». La cura había de ser radical: es decir (como apuntó un académico), «cortando la “úlceras de la decadencia”, propagando los elementos valiosos y dejando que los menos valiosos se marchitaran... [y] “la extirpación de todas aquellas categorías de personas consideradas inútiles o peligrosas”». La metáfora médica se mezcló con la ideología biomédica concreta en la secuencia nazi desde la esterilización coercitiva hasta el asesinato médico directo en los campos de exterminio. El principio unificador de la ideología biomédica era el de una enfermedad racial mortal, la enfermedad de la raza aria; la cura, el asesinato de todos los judíos. [...] El proyecto nazi, entonces, no era tanto darwinista o social darwinista como una visión de control absoluto sobre el proceso evolutivo, sobre el futuro biológico humano. Haciendo un uso generalizado del término darwinista «selección», los nazis pretendían asumir las funciones de la naturaleza (selección natural) y de Dios (el Señor da y el Señor quita) para orquestar sus propias «selecciones», su propia versión de la evolución humana. En estas visiones, los nazis abrazaron no sólo versiones del antisemitismo místico medieval, sino también una reivindicación más reciente (siglos XIX y XX) del «racismo científico». Las peligrosas características de los judíos podían vincularse con supuestos datos de disciplinas científicas, de manera tal que se formó una «corriente principal del racismo» a partir de «la fusión de la antropología, la eugenesia y el pensamiento social». La «biología racial y social» resultante podía hacer que formas viciosas de antisemitismo parecieran intelectualmente respetables para hombres y mujeres ilustrados. [Lifton, 2017: 15-17; el destacado es del propio Lifton y la traducción es mía].<sup>10</sup>

<sup>10</sup> «But there is another perspective on medicalized killing that I believe to be insufficiently recognized: killing as a therapeutic imperative. That kind of motivation was revealed in the words of a Nazi doctor quoted by the distinguished survivor physician Dr. Ella Lingens-Reiner. Pointing to the chimneys in the distance, she asked a Nazi doctor, Fritz Klein, «How can you reconcile that with your [Hippocratic] oath as a doctor?» His answer was, «Of course I am a doctor and I want to preserve life. And out of respect for human life, I would remove a gangrenous appendix from a diseased body. The Jew is the gangrenous appendix in the body of mankind.» The medical imagery was still broader. Just as Turkey during the nineteenth century (because of the extreme decline of the Ottoman empire) was known as the «sick man of Europe,» so did pre-Hitler ideologues and Hitler himself interpret Germany's post-First World War chaos and demoralization as an «illness,» especially of the Aryan race. Hitler wrote in Mein Kampf in the mid-1920s, that «anyone who wants to cure this era, which is inwardly sick and rotten, must first of all summon up the courage to make clear the causes of this disease.» The diagnosis was racial. The only genuine «culture-creating» race, the Aryans, had permitted themselves to be weakened to the point of endangered survival by the «destroyers of culture,» characterized as «the Jew.» The Jews were agents of «racial pollution» and «racial tuberculosis,» as well as parasites and bacteria causing sickness, deterioration, and death in the host peoples they infested. They were the «eternal bloodsucker,» «vampire,» «germ carrier,» «peoples' parasite,» and «maggot in a rotting corpse.» The cure had to be radical: that is (as one scholar put it), by «cutting out the “canker of decay,” propagating the worth-while elements and letting the less valuable

Partiendo de este análisis puede decirse que, si bien el asesinato en masa no ha sido propiamente una invención moderna, el Holocausto sí que tiene una serie de características que difieren de cualquier otro genocidio anterior y que sobresalen por su acento moderno:

Su presencia indica que la Modernidad contribuyó al Holocausto no ya por su propia debilidad e ineptitud, sino de una forma más directa. Indica que el papel de la civilización moderna en la incidencia y la comisión del Holocausto fue activa, no pasiva. Significa también que el Holocausto fue tanto un fracaso como un producto de la civilización moderna. De la misma manera que todas las cosas hechas al modo moderno —es decir, racional, planificada, científica, coordinada y efectivamente administradas—, el Holocausto superó y empequeñeció a todos sus posibles equivalentes premodernos dejándolos como primitivos, antieconómicos y poco efectivos. [Bauman, 2011: 114]

Sus asesinatos no destacaron tanto por su magnitud —que también—, sino por la presencia de una planificación totalmente racional y calculada. Para los administradores de esta clase de genocidios la sociedad puede ser planificada y proyectada, configurada nuevamente para ajustarla a un plan científicamente determinado. Se trata de una ingeniería social que Bauman bautiza como la «cultura del jardín», donde el jardinero, en su «creativa» labor, designa cuáles son las «malas hierbas» a erradicar con el propósito de establecer el paisaje más «hermoso» y «objetivamente» mejor. La cita, nuevamente, es extensa, pero vale la pena reproducirla prácticamente en su totalidad:

---

*wither away,... [and] "the extirpation of all those categories of people considered to be worthless or dangerous."» Medical metaphor blended with concrete biomedical ideology in the Nazi sequence from coercive sterilization to direct medical killing to the death camps. The unifying principle of the biomedical ideology was that of a deadly racial disease, the sick-ness of the Aryan race; the cure, the killing of all Jews. [...] The Nazi project, then, was not so much Darwinian or social Darwinist as a vision of absolute control over the evolutionary process, over the biological human future. Making widespread use of the Darwinian term «selection,» the Nazis sought to take over the functions of nature (natural selection) and God (the Lord giveth and the Lord taketh away) in orchestrating their own «selections,» their own version of human evolution. In these visions the Nazis embraced not only versions of medieval mystical anti-Semitism but also a newer (nineteenth- and twentieth-century) claim to «scientific racism.» Dangerous Jewish characteristics could be linked with alleged data of scientific disciplines, so that a «mainstream of racism» formed from «the fusion of anthropology, eugenics, and social thought.» The resulting «racial and social biology» could make vicious forms of anti-Semitism seem intellectually respectable to learned men and women.» Lifton, (2017: 15-17; el destacado es del propio Lifton).*

El *orden* artificial del jardín precisa de herramientas y de materias primas. También necesita defensas contra el incesante peligro que supone el desorden. El orden, concebido en primer lugar como diseño, determina lo que es una herramienta, lo que es materia prima, lo que es inútil, lo que es inoportuno, lo que es nocivo, lo que es una mala hierba o un animal dañino. Clasifica a todos los elementos del universo por su relación con él. Esta relación es el único significado que les concede y tolera y la única justificación de la actuación del jardinero. Desde el punto de vista del diseño, todas las acciones tienen un papel decisivo mientras que todos los objetos de la acción son o bien utilidades o bien estorbos.

El genocidio moderno, lo mismo que la cultura moderna en general, es el trabajo de un jardinero. Es simplemente una de las muchas tareas que necesitan acometer aquellos que piensan que la sociedad es como un jardín. Si el diseño del jardín define a sus malas hierbas, entonces hay malas hierbas ahí donde hay un jardín y hay que exterminarlas. Arrancar el hierbajo es una actividad creativa, no destructiva. No se diferencia de las otras actividades que requieren la construcción y el mantenimiento del jardín perfecto. Todas las visiones de la sociedad como jardín definen partes del hábitat social como malas hierbas humanas. Y, como el hierbajo, hay que separarlas, contenerlas, evitar que se propaguen, arrancarlas y mantenerlas fuera de los límites de la sociedad. Si todos estos medios demuestran ser insuficientes, hay que exterminarlas.

Las víctimas de Hitler y Stalin no fueron asesinadas para conquistar y colonizar el territorio que ocupaban. A menudo fueron asesinadas de una manera monótona y mecánica, sin emociones humanas, sin odio. Fueron asesinadas porque no se ajustaban, por una u otra razón, al esquema de la sociedad perfecta. Su eliminación no fue un trabajo de destrucción sino de creación. Fueron eliminadas para poder establecer un mundo objetivamente mejor, más eficiente, moral y hermoso: un mundo comunista o un mundo ario, racialmente puro. [Bauman, 2011: 117-118]

La conclusión a la que tal lectura nos arrastra es que el Holocausto no traicionaba en absoluto el espíritu de la Modernidad; y, en este sentido, tampoco los nazis se apartaron del proceso civilizador. Simplemente «demostraron lo que puede conseguirse racionalizando, diseñando y controlando los esfuerzos y los sueños de la civilización moderna sin mitigarlos, limitarlos o neutralizarlos» (Bauman, 2011: 118). La amenaza radica en que ese mismo proceso civilizador no puede levantar una salvaguarda, no ya frente al genocidio, sino también ante las vías que condujeron a él; pensar que a día de hoy estamos resguardados de tales actitudes y comportamientos totalitarios es sumirnos en un craso error. Se trata del mismo planteamiento que —precisamente debido a los desastres acaecidos en el siglo XX— critica Zimbardo cuando habla de esa falsa conciencia de seguridad, esa protección psicológica, que nos aporta el argumento de que «nosotros nunca lo haríamos», como si fuéramos un ente

singular inmune a las fuerzas situacionales y sociales (Zimbardo, 2008: 26). Los mecanismos conducentes al Holocausto persisten todavía hoy en la actualidad, si bien no se muestran de manera tan virulenta como antaño... o al menos en apariencia. En esencia, el problema reside en que, igual que el aprendiz de brujo no logró mantener bajo control los objetos que había encantado, la civilización moderna ha demostrado perder el dominio de sus propias creaciones y de su propio poder bajo la guía exclusiva de la razón.

## § 5. Burocratización de la muerte

La mayoría de las personas que tomaron parte en el Holocausto no portaba armas, no estaba en el frente de batalla ni accionaba las cámaras de gas o los crematorios. Eran personas muchas veces sentadas detrás de un escritorio, que redactaban memorandos o anteproyectos, realizaban llamadas, elaboraban conferencias, diseñaban horarios... en otras palabras, eran *burócratas*. La optimización y economización de medios para la consecución de un determinado fin fue uno de los rasgos de la sociedad que acompañó a la llegada de la Modernidad; y dado que el exterminio de judíos y otros colectivos se sitúa como uno de los hijos del periodo moderno, no resulta raro que las pautas tecnológico-burocráticas, junto a la mentalidad que las institucionalizan, generan, mantienen y reproducen, constituyesen uno de los factores decisivos que le dio paso.

A grandes rasgos, las habilidades que la burocracia proporcionó al nacionalsocialismo para la consecución de su genocidio fueron las siguientes. En primer lugar, le proporcionaba otra de las características de la sociedad moderna como es la *mediación de la acción*, es decir, la implantación de intermediarios dentro de una acción para que el agente original no experimente dicha acción como propia. Los experimentos realizados en la década de los sesenta por Stanley Milgram (1980), precisamente a raíz del exterminio nazi y del juicio de Adolf Eichmann, dan buena cuenta de la facilidad con que una persona es capaz de realizar una acción mortal cuando media la distancia física y psicológica respecto a la víctima, y uno se siente exento de responsabilidad por ello —unido al factor de obediencia a la autoridad—. Dicho en términos prácticos, resultaba más sencillo dar por teléfono la orden de asesinar a 850 000 judíos en el campo de Treblinka que llevar a cabo uno mismo esa

orden; a fin de cuentas, colocándonos —si se puede— en el lugar de uno de estos jerarcas, pensaríamos que «los que aprietan el gatillo o abren el conducto del gas son otros y no yo». La distancia que confiere esta mediación permite tomar fríamente cualquier decisión, por muy dura que parezca, pues para quien ordena su ejecución no es en ningún caso concretada, solo planteada en abstracto.

En segundo lugar, en parte derivada de la anterior, la burocracia logró el efecto de invisibilizar a las víctimas, hecho que ayuda además a entender el progreso tecnológico en el Holocausto.

En la fase de los *Einsatzgruppen*, se llevaba a las víctimas acorraladas frente a las ametralladoras y se las mataba a quemarropa. Aunque se hicieron intentos para mantener las armas a la mayor distancia posible de las fosas a las que iban a caer los asesinados, era sumamente difícil para los que disparaban pasar por alto la relación entre disparar y matar. Por esta razón, los administradores del genocidio decidieron que el método era primitivo y poco eficaz, a la vez que peligroso para la moral de los autores. En consecuencia se buscaron otras técnicas de asesinato, técnicas que separarían ópticamente a los asesinos de sus víctimas. La búsqueda tuvo éxito y llevó a la invención de las cámaras de gas, las primeras de las cuales fueron móviles. En un segundo momento, las cámaras se hicieron fijas —las más perfectas que les dio tiempo a inventar a los nazis— reduciendo el papel del asesino al de «oficial de sanidad» que tenía que vaciar un saco de «productos químicos desinfectantes» por una abertura del tejado de un edificio cuyo interior no se le conminaba a visitar. [Bauman, 2011: 48]

Si no se conocía, ni se veía, ni se oía a quienes iban a ser eliminados; y el método de ejecución consistía en abrir una válvula de paso o sencillamente echar un determinado producto a través de un agujero: la víctima desaparecía de las conciencias. Los autores no verían en sus sueños los gestos demacrados de los cadáveres ni oírían los desgarradores gritos de auxilio; y menos aún si quienes se acababan ocupando de estas morbosas tareas eran los prisioneros conocidos como «*Sonderkommandos*». Todo esto, junto a las condiciones de los campos de concentración, las condiciones higiénico-sanitarias de los vagones que transportaban a los judíos, el rápido procedimiento que se realizaba en los campos de exterminio —bajar del tren, desvestirse, cortarse el pelo y ser conducido a la cámara de gas— contribuyeron a eliminar la humanidad y la dignidad de las víctimas; es lo que Hannah Arendt describe en *Los orígenes del totalitarismo* como la triple destrucción, asesinato o muerte de la persona —primero a

nivel jurídico, luego a nivel moral y finalmente al nivel de su propia individualidad— (Arendt, 2010: 601-613). De este modo, así como un exterminador no siente remordimientos de conciencia tras acabar con una plaga de insectos, los operarios de los campos tampoco habrían de tenerlos al acabar con otra «plaga» como era la judía; y menos aún si eran prácticamente invisibles a sus ojos, sus oídos y, sobre todo, a sus conciencias.

A su vez, hacer opaco el sufrimiento y muerte de las víctimas acarrea consigo la invisibilidad de la violencia. Como hemos dicho, la Modernidad implicaba que el uso legítimo de la violencia quedaba reservado a la decisión del Estado; lo que suponía, a su vez, una nueva orientación de dicha violencia y una redistribución de su acceso a ella. Ahora bien, dentro del Tercer Reich se percataron de que pogromos como los acaecidos durante la fatídica Noche de los Cristales Rotos —del 9 al 10 de noviembre de 1938— no contribuían a afiliar a la población para su causa racista. Por mucho que los alemanes odiasen a la raza semita, o sintieran indiferencia hacia ella, la mayoría tenía en su círculo de amistades al menos a un judío que consideraba honrado (Neitzel y Welzer, 2012: 144), de modo que ver cómo arruinaban su negocio, cómo se lo llevaban deportado o cómo era asesinado a palos en la calle podía herir su sensibilidad. Y esto, llevado a la generalidad de la población, hubiera supuesto un enorme contratiempo para los intereses del NSDAP. Por este motivo, decidieron también invisibilizar la violencia, cercarla o privatizarla solo a ciertos ámbitos y lugares —como igualmente habían tratado de hacer con el mal llamado programa de eutanasia *Aktion T4*—; sí, los judíos eran masacrados cruelmente, pero ocurría allende los principales núcleos urbanos y no se especificaban los métodos empleados, ni los ciudadanos mostraban interés por ello, la población —al no contemplar explícitamente el uso de la violencia— parecía dar consentimiento tácito para su utilización.

De esta forma, atendemos a que «el uso de la violencia es más eficiente y rentable cuando los medios se someten únicamente a criterios instrumentales y racionales y se disocian de la valoración moral de los fines» (Bauman, 2011: 124). Tal disociación es la esencia de la estructura y el proceso burocráticos que han permitido el desarrollo de la racionalidad y la eficiencia en la sociedad moderna. A su vez, es el resultado de dos procesos paralelos, como son la *división funcional del trabajo* y la *sustitución de la responsabilidad moral por la responsabilidad técnica*.

En lo que atañe a la división funcional del trabajo, acaba recogiendo la idea antes expuesta de la mediación de la acción: el objetivo es crear una distancia entre los que contribuyen al resultado final y el resultado mismo, de modo que en los diversos peldaños del proceso burocrático encontramos personas con diferentes tipos de experiencias y capacidades, así como una idea cada vez más abstracta del resultado final según escalamos en la pirámide. Los funcionarios de alto rango pueden dar órdenes sin saber sus efectos concretos, más allá de lo que venga expresado en un lenguaje estadístico, carente de todo tipo de juicio.

Ligado a esto se encuentra la sustitución de la responsabilidad *moral* por la responsabilidad *técnica*, un segundo proceso de distanciamiento basado en juzgar la acción del burócrata en base a criterios intrínsecos, como son la oportunidad y el éxito; su tarea no es un medio, sino que es el fin y su único fin. Mientras en una división jerárquica y lineal la competencia es vulnerable, porque el trabajador puede creer que su superior excede límites morales al encomendar una acción —el ejemplo expuesto por Bauman lo ilustra perfectamente: un soldado puede considerar su deber disparar a un soldado enemigo, pero no así disparar contra un bebé, pertenezca al bando que sea—, en la competencia técnica se olvida que la acción es un medio para un fin que no radica en ella misma, aislando con ello el pensamiento de las consecuencias más lejanas que pudiera tener. Lo único que importa es que la acción se realice ajustándose al mejor procedimiento tecnológico posible y que el resultado sea eficaz. Es lo que Max Weber había denominado la «moral» u «honor del funcionario», medido en parámetros de eficiencia y donde el objetivo consiste únicamente en obedecer las órdenes del superior, eliminando con ello cualquier remisión a la conciencia, la preferencia personal o la opinión; y, consecuentemente, eximiendo de toda responsabilidad o culpa a su agente<sup>11</sup>. Una disciplina organizativa que durante el nacionalsocialismo fue aparejada —como en muchos casos de la Modernidad— al principio de una violencia autorizada, monopolio del Estado. Tampoco dejan de resonar en nuestros oídos aquellas palabras de Kant, indudablemente uno de los

---

<sup>11</sup> «El funcionario se honra con su capacidad de ejecutar precisa y concienzudamente, como si respondiera a sus propias convicciones, una orden de la autoridad superior que a él le parece falsa, pero en la cual, pese a sus observaciones, insiste la autoridad, sobre la que el funcionario descarga, naturalmente, toda la responsabilidad. Sin esta negación de sí mismo y esta disciplina ética, en el más alto sentido de la palabra, se hundiría toda la máquina de la Administración», Weber (2004: 115-116).

epítomes de la ilustración, hablando, precisamente, acerca de la *razón pública* que debían ejercer los hombres al servicio del Estado o un individuo dentro de su puesto de trabajo:

Pero sólo aquel que, precisamente por ser ilustrado [esto es, el hombre racional, quien ilustra el conocimiento y la verdad a través del uso de su razón] no teme a las sombras, al tiempo que tiene a mano un cuantioso y bien disciplinado ejército para tranquilidad pública de los ciudadanos, puede decir aquello que a un Estado libre no le cabe atreverse a decir: *razonad cuanto queráis y sobre todo cuanto gustéis, ¡con tal de que obedezcáis!* [Kant, 2009: 92; el destacado es del propio Kant]

De esta manera, nos encontramos que aquello a lo que daban vueltas en su cabeza los ingenieros de los camiones de gas —antecedentes de las cámaras— no era que estos camiones estuviesen destinados al asesinato de personas, sino cómo hacerlos más eficientes; es decir, cómo matar al mayor número de personas con la menor cantidad de gas posible. Lo que les molestaba no era su contribución a los asesinatos en masa, sino las quejas y las críticas por los fallos de su producto; su preocupación consistía en que sus jefes los juzgasen inadecuados para realizar la tarea que les habían encomendado. Revisando sus diarios e informes no hallaremos, pues, reflexiones morales, pero sí balances y cálculos sobre las capacidades y distribuciones de carga, la resistencia de los amortiguadores, el tipo de gas que debe utilizarse... toda una serie de disquisiciones tecno-científicas y de optimización de resultados a partir del menor costo y esfuerzo posibles que acabó dando lugar a los adelantos que posibilitaron las cámaras de gas (*cf.* Lanzmann, 2003: 107-109).

Ambos procedimientos, que conforman el espíritu de la administración burocrática, conducen a dos consecuencias inmediatas. La primera es a todas luces evidente: la irrelevancia de cualquier tipo de pauta o principio moral respecto al éxito del procedimiento llevado a cabo; lo importante es desempeñar correctamente la función, ser un experto y eficaz trabajador que cumpla el cometido que se le ha asignado, quedando la moralidad totalmente al margen. La segunda consecuencia quizá no tenga la misma transparencia que la primera, pero no por ello deja de ser bastante visible: la deshumanización. Gracias al distanciamiento obtenido con la burocracia, los objetos que trata son completamente deshumanizados, reducidos a medidas cuantitativas sin cualidad o carácter específicos, ya sean materiales inertes o, como el

caso del Holocausto, seres humanos. El lenguaje mismo que se emplea para referirse y describir dichos objetos contribuye a despojarlos de cualquier atavío de humanidad. No olvidemos cómo en los informes y mensajes entre los campos de concentración y el NSDAP, o en las estaciones de tren, nunca se menciona la palabra «genocidio» o similares, sino que el término elegido para ello fue el de «Solución Final»: el departamento de las SS encargado de la destrucción de los judíos recibía el nombre de «Sección de Administración y Economía»; los operarios de los campos dedicados a la incineración o entierro de los judíos tenían prohibido hablar de «cadáveres», sino que habían de referirse a estos como «cuerpos» o, como relata Franz Stangl, «cargamento» (Sereny, 2009: 293); incluso la denominación que recibían lugares como Treblinka de «fábricas de la muerte» en lugar de «campos de exterminio» refleja este aspecto, al tiempo que revela la influencia que tuvo el desarrollo industrial moderno. Tal y como recogen estudios como el del citado James Waller (2002: 188), a través del uso de términos eufemísticos se hace difícil pensar que nos referimos a seres humanos, que sufrían y padecían, que sentían horror y angustia al ser conscientes de su fatal destino y que, encerrados y condenados, luchaban y se agolpaban ante la puerta de la cámara de gas hasta su último aliento. Concebidos como meros productos burocráticos, como paquetes o mercancías que eran transportados en vagones dedicados originalmente a la carga de alimentos o ganado, tales aspectos no se percibían; no eran ya sujetos dignos de ninguna consideración ética y moral, y si lo eran, no más que una res o un saco de grano. De este modo,

[...] la deshumanización está inseparablemente unida a la tendencia más importante de la burocracia moderna, la racionalización. [...] La burocracia está programada para buscar la solución óptima, para medir lo óptimo en términos tales que no se pueda distinguir a los objetos humanos de otros o a los objetos humanos de los inhumanos. Lo que importa es la eficiencia y reducir los costos del proceso. [Bauman, 2011: 129-130]

Pero esta burocratización no se limitó a los campos de la muerte, sino que los medios para la consecución de su objetivo contaban también con el uso y colaboración de las propias víctimas. Sabiendo que los judíos no colaborarían, y que incluso podían llegar a rebelarse si se enteraban del fatal sino que les aguardaba, la opción preferible era —por muy cínico que nos parezca— persuadirlos para colaborar —sumergirlos en las

famosas «zonas grises morales», que decía Primo Levi (2012: 502-503)—. Por este motivo las deportaciones nunca se hicieron en grandes masas, sino siempre de manera escalonada, reduciendo los guetos prácticamente a selvas de supervivencia y donde en ocasiones la muerte recibida a manos de los alemanes podía ser vista como una bendición, el final de una agonía inenarrable. A través de la burocratización, la racionalidad de las víctimas fue usada en su contra; se les convenció de que lo racional era obedecer las órdenes de los nazis. Era mejor que el *Judenrat* de la ciudad entregase a cien personas antes de que un comandante de las SS o de la *Wehrmacht* eligiese a doscientas, entre las cuales iban a encontrarse los que se habían negado a colaborar y sus familias. Tal era el consuelo que muchos miembros del Consejo judío encontraban, pues bajo ese planteamiento lógico no solo estaban salvando su vida, sino también cien más. Era mejor salir de un gueto inundado por el hambre y el tifus para poner rumbo a un lugar en el que nada más llegar les era prometida una gratificante ducha. La opción más racional para las víctimas acabó siendo, así, acatar las órdenes de sus asesinos, bien porque les liberaba de su sufrimiento, bien porque les proporcionaba algunos días más de vida; en cualquier caso, tomasen la decisión que tomasen, su destino ya estaba sellado:

208

El Holocausto reveló aspectos de la opresión burocrática que de otra manera habrían permanecido inadvertidos. En su forma general, estos aspectos tienen una aplicación mucho más amplia. De hecho, hay que tenerlos en cuenta si queremos entender la forma en que funcionaba el poder en la sociedad moderna. Uno de los más importantes es *la capacidad del poder moderno, racional y organizado burocráticamente, de inducir acciones funcionalmente indispensables para sus fines y que son totalmente contrarias a los intereses vitales de los actores*. [Bauman, 2011: 150; el destacado es del propio Bauman]

Un aspecto que indudablemente fue comprendido sobremanera por el nacionalsocialismo de Hitler.

Por lo tanto, sin todo el aparato burocrático, sin la búsqueda de soluciones óptimas y eficientes, sin esta herramienta básica procurada por la Modernidad, el exterminio hubiera sido inviable. Cuando en la Conferencia de Wannsee se dio luz verde a la *solución final*, la organización burocrática simplemente sustituyó a la que hasta ese momento había sido la opción más conveniente: el confinamiento en guetos o campos de reclusión. Se evaluaron costes, se examinaron los recursos disponibles y se optó por

la mejor combinación, la más racional y tecnológicamente posible: de la deportación se pasó a la muerte; de los tiros en la nuca o los fusilamientos, a los camiones de gas y más tarde a las cámaras; de las fosas comunes, a la incineración. Todo enmarcado en un proceso de eficiencia, optimización y reducción de costes. «La burocracia hizo el Holocausto, y lo hizo a su imagen y semejanza» (*ib.*: 132).

## § 6. Conclusión

Llegados a este punto, cabe realizar una última reflexión. Aunque nos cueste reconocerlo, por mucho dolor que nos cause, el Holocausto nació como vástago de la civilización en la cual aún hoy seguimos viviendo; fue heredero de aquella racionalidad que la Modernidad ha elevado a los altares y que todavía hoy, inconscientemente, continuamos venerando más de lo que nos percatamos y de lo que tal vez estaríamos dispuestos a admitir. Especialmente a partir de la ilustración se llegó a la concepción de que la Razón debía guiar todos los ámbitos de la vida, estar presente en todas sus esferas. «Razón» significaba «progreso», identificado a su vez como lo «bueno» y «positivo» de la humanidad, la capacidad que tenía esta de evolucionar; de tal manera que aplicar la razón, tanto en la ciencia como en el terreno de la moral, el arte, etc., contribuiría a la llegada de la sociedad perfecta en la que toda persona —hombre, mujer y niño, joven, adulto y anciano— convivirían armoniosamente. Lo científicamente útil, lo moralmente admirable o lo estéticamente bello sería todo aquello que se hallase iluminado por la razón.

La construcción de una sociedad utópica guiada exclusivamente por la racionalidad, así como la identificación entre «razón» y «bondad», no fueron propiamente ideas de la ilustración o la Modernidad, si bien este periodo supo apropiarse muy bien de ellas. Dos mil trescientos años antes, la *Kallipolis* de Platón (2008) había intentado, sin éxito, el mismo objetivo; un planteamiento que, a pesar de que resulte exagerado tildar de «totalitario», partiendo de razonamientos lógicos y deductivos acababa desembocando en una ciudad organicista, desterrando cualquier sentimiento de afectividad y aproximándose más a una distopía que a una comunidad en la que fuese deseable vivir. Por su parte, la lógica y razonamientos de la Modernidad albergaban también en su interior la posibilidad del Holocausto. En

ambos casos, la moraleja que extraemos es la misma: la razón por sí sola, como única guía y herramienta, es incapaz de organizar una sociedad idónea como se pretendía, ya que resulta incapaz de levantar barreras seguras y fiables frente a los peligros que pueda generar.

Y, sin embargo, seguimos viviendo dentro de esa sociedad, en la que creemos estar seguros y a salvo, inmersos en una civilización que no nos debería hacer ningún daño. En muchas ocasiones, quizá porque en el engaño se vive, si no mejor, al menos más felizmente, nos negamos a ver y reconocer que muchos de los ingredientes que hace ochenta años dieron pie al Holocausto siguen presentes en nuestra actualidad. La mayoría de los factores que lo hicieron factible eran *normales*, en el sentido de que se ajustaron perfectamente a esa nuestra civilización protectora, sin quebrar o retorcer ninguno de sus baluartes. Las actitudes, comportamientos, mentalidades, mecanismos, etc. que hace no tanto dieron pie al genocidio, siguen vigentes en nuestra actualidad; eso es lo que resulta verdaderamente amenazador e inquietante. Las condiciones que dieron forma al Holocausto siguen en su mayoría constituyendo parte de nuestra vida, sin haber variado esencialmente; y, por consiguiente, la aterradora verdad es que tampoco ha desaparecido la posibilidad misma del Holocausto. No existe certeza alguna de que aquello que lo originó haya desaparecido, de manera que la preocupación que la sociedad moderna debería abordar no es otra que el hecho de que el abanico de posibilidades humanas sigue ofreciendo la opción de repetir los errores del pasado. Lo que sucedió masivamente en los campos de concentración puede suceder ahora en cualquier sitio impregnado de los valores de la Modernidad, es decir, en todo lo que hoy día podemos denominar como «Occidente»<sup>12</sup>.

Esta es la lección que debemos interiorizar: Auschwitz y sus horrores siguen siendo posibles dentro de los patrones que actualmente manejamos de la Modernidad. No es ya que el sueño de la razón engendre monstruos; lo crucial es que puede ser que dichos monstruos se encuentren en el seno de la razón misma. Latentes, invisibles, ocultos durante años, puede que siglos; pero cuando cristalizan las condiciones adecuadas, salen de su estado de hibernación en toda su crudeza. Es, como dijimos, el rostro oculto

---

<sup>12</sup> Obviamente, no entiendo aquí por «Occidente» un espacio geográfico delimitado y concreto. Occidente puede abarcar desde Estados Unidos a Australia, pasando por Europa, regiones de Asia como Tokio, Hong Kong, zonas del norte de África, etc.

de la Modernidad; ese que no nos hemos detenido a contemplar, no tanto porque estuviera escondido, sino porque no nos atrevíamos a hacerlo. La excusa según la cual no podíamos tirar por la borda el *modus vivendi* contemporáneo, sino que era más fácil disfrazar sus fallas como errores puntuales atribuibles a agentes externos en lugar de a la sociedad moderna en sí, ya no nos vale; dejó de ser válida después de 1945 y no debería seguir vigente en nuestros tiempos. Es necesario abrir los ojos y descubrir, no que todo lo que hicimos desde la ilustración estuvo mal, sino que es posible que no tomásemos el camino del todo adecuado —en el que haya una mayor presencia de la empatía, de la alteridad—; en su lugar escogimos uno serpenteante que a veces se pone paralelo a él, en otras se junta y en otras se bifurca hacia el polo opuesto. La sociedad moderna no debe ser destruida, pero resulta manifiesto que al menos necesita de una reforma, de una revisión y deconstrucción que permita corregir los errores cometidos antaño. En el fondo, quizá la sola razón no sea la única guía de la Modernidad; quizá necesitemos algo más. ¿Qué? Eso es algo que, precisamente, debemos esforzarnos por descubrir.

## Bibliografía

- Aly, Götz (2012), *¿Por qué los alemanes? ¿Por qué los judíos?* Barcelona, Crítica.
- Acevedo Guerra, Jorge (2022), *Heidegger y la época técnica*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Adorno, Theodor (2022), *Minima moralia*. Madrid, Akal.
- Arendt, Hannah (2011), *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona, DeBolsillo.
- Arendt, Hannah (2010), *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Alianza.
- Arendt, Hannah (2005), *Ensayos de comprensión 1930-1954*. Madrid, Caparrós.
- Arendt, Hannah y Jaspers, Karl (1992), *Correspondence 1926-1969* (eds. Kohler, L. & Saner H.). Orlando, Harcourt Brace Jovanovich.
- Bauman, Zygmunt (2011), *Modernidad y Holocausto*. Madrid, Sequitur.
- Bernstein, Richard (2009), «¿Cambió Hannah Arendt de opinión? Del mal radical a la banalidad del mal», en Fina Birulés (comp.), *Hannah Arendt: el orgullo de pensar*. Barcelona, Gedisa.
- Borges Duarte, Irene (1993), «La tesis heideggeriana acerca de la técnica», en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, n.º 10, pp. 121-156, <<https://revistas.ucm.es/index.php/ASHF/article/view/ASHF9393110121A/5072>>, [10/05/2024].
- Chapoutot, Johann (2013), *El nacionalsocialismo y la Antigüedad*. Madrid, Abada.
- Goldhagen Daniel (2008), *Los verdugos voluntarios de Hitler*. Madrid, Taurus.

- Goldhagen, D.; Browning, Ch.; Wieseltier, L.; y Berenbaum, M. (1996), *The «Willing executioners»/«Ordinary men» debate*. Washington D.C., United States Holocaust Research Institute.
- González Álvarez, Mónica (2012), *Guardianas nazis: el lado femenino del mal*. Madrid, EDAF.
- Gross, Jan T. (2002), *Vecinos*. Barcelona, Crítica.
- Heidegger, Martin (2017), *Filosofía, ciencia y técnica*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Heidegger, Martin (2009), *La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del Spiegel*. Madrid, Tecnos.
- Heidegger, Martin (2008), «La época de la imagen del mundo», «¿Y para qué poetas?», en *Caminos de bosque*. Madrid, Alianza.
- Heidegger, Martin (2002), *Serenidad*. Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Heidegger, Martin (2000), «De la esencia de la verdad» y «La doctrina platónica de la verdad», en *Hitos*. Madrid, Alianza.
- Horkheimer, Max (2010), *Crítica de la razón instrumental*. Madrid, Trotta.
- Jäckel, Eberhard (1972), *Hitler's Weltanschauung*. Middletown, Wesleyan University Press.
- Kant, Immanuel (2009), «Contestación a la pregunta: ¿qué es la Ilustración?», en *¿Qué es la Ilustración?* Madrid, Alianza.
- Kant, Immanuel (2008), *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*. Madrid, Alianza.
- Lanzmann, Claude (2003), *Shoah*. Madrid, Arena Libros.
- Levi, Primo (2012), *Los hundidos y los salvados*, en *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona, El Aleph.
- Lifton, Robert Jay (2017), *The Nazi Doctors*. New York, Basic Books.
- Milgram, Stanley (1980), *Obediencia a la autoridad*. Bilbao, Desclée De Brouwer.
- Nancy, Jean-Luc (2006), *La representación prohibida*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Neitzel, Sönke y Welzer, Harald (2012), *Soldados del Tercer Reich*. Barcelona, Crítica.
- Platón (2008), *República*, en *Diálogos IV*. Madrid, Gredos.
- Popper, Karl (2012), *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona, Paidós.
- Schmitt, Carl (2014), *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza.
- Sereny, Gitta (2009), *Desde aquella oscuridad*. Barcelona, Edhasa.
- Traverso, Enzo (2005), «El totalitarismo. Usos y abusos de un concepto», en Carlos Forcadell Álvarez y Alberto Sabio Alcutén (coords.), *Las escalas del pasado. IV Congreso de historia local de Aragón*. Huesca, AR: Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 99-110.
- Traverso, Enzo (2002), *La violencia nazi*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- VVAA. (1997), *La controversia Goldhagen. Los alemanes corrientes y el Holocausto*. Valencia, Alfons el Magnànim.
- Waller, James (2002), *Becoming Evil*. New York, Oxford University Press.
- Weber, Max (2004), *El político y el científico*. Madrid: Alianza.
- Zimbardo, Philip (2008), *El efecto Lucifer*. Barcelona, Paidós.